

La escritora

LUZ DE VIANA

Por M. C. G.

HACE muy poco, en estas columnas se habló de la eximia novelista francesa, Marguerite Yourcenar, cuya categoría literaria y artística sobrepasa la de un sinnúmero de escritores europeos. Queremos hoy referirnos a una escritora chilena de obra más breve, pero no menos excelente en los medios literarios de nuestro país. Ella es Luz de Viana (Marta Villanueva de Bulnes en la vida común). Hace muchos años expresamos nuestra admiración por esta escritora cuyo decir era, si se admite la paradoja, de un hermetismo ampliamente expresivo.

Hoy hemos abierto su último libro, "El Licenciado Jacobo". La característica que más lo precisa, y que es también, nos parece, la que distingue casi toda la obra de esta autora, es su intemporalidad, la cual, curiosamente, impone una extraña realidad a la inverosimilitud de los acontecimientos que allí campear. En efecto, todo sucede o transcurre de tal manera que puede ubicarse sin mayor alteración en cualquier época y hasta en una que podría bien devenir. Ayuda a ello, particularmente la descripción de interiores como también la de las relaciones entre sí de los habitantes novelescos. El título mismo parece querer llevar al lector a la imprecisión del tiempo, porque si bien hoy existe la licenciatura en las profesiones, rarísima vez, que sepamos, se nombra por ella a quienes la han rendido. ¿Es una reminiscencia voluntaria y algo irónica del Licenciado Vidriera? Puede ser.

Dicho lo anterior, la obra se encarga de arrancarnos tranquilamente de aquel intento de retroceder hacia antiguas épocas: el intelectualismo de los personajes, su grado cultural, sus reacciones psíquicas, pertenecen a la inconfundible cepa del supercivilizado actual, de ese ser ya planetario que se encuentra desde hace un par de centurias en cualquier país del orbe, en los estratos altos casi siempre. Seres extracultivados y, por eso mismo, en desplazamiento hacia modos de vida rarificados, digámoslo así, ya que los otros, los anónimos de la masa, allí padecerían reales sofocos mentales. Ni las más luminosas, ni las más agitadas épocas de la historia de las civilizaciones han traspasado, a nuestro ver, ciertas barreras de la inteligencia, ciertos mitos de las concepciones sociales humanas, al grado de la actual. Y posiblemente tampoco hubo épocas en que, como hoy, el ente humano haya penetrado más en "la parte de la sombra", en la obscuridad de sí mismo de la cual emerge su ser.

Los libros de Luz de Viana son exclusivos, sin lugar a dudas, para un determinado público; desde luego para el que lee no sólo por entretenerse con la amenidad de un tema conjuntamente, y a veces únicamente, por paladear un estilo, un arte de escribir. Como consecuencia inevitable dicho público será siempre reducido. . . de manera especial en nuestro país, ya que de ostentar el rango de primer país lector de la América hispana ha pasado a ser, ¡que duda cabe!, el último.

En la obra de Luz de Viana, notoriamente en su primer libro, "No Sirve la Luna Blanca", se encuentra un punto de importancia en el desarrollo de la literatura en Chile; con la excepción tal vez de aquel extraño y apenas realizado Juan Emar, ella dio realidad resueltamente a la forma de expresión que emanó de los movimientos literarios aparecidos con el ultra criticado dadaísmo y que remataron en el surrealismo —hijo espurio del dadaísmo según el francés Reverdy, si no erramos—, y las actuales abstracciones en todas las artes. Y pues, el interés del caso está en que esta novelista, por su raigambre hispana, por el poder que la tierra en que se nace tiene sobre la formación intrínseca de ser, el trasunto de aquellas formas de arte realizado en su obra novelesca, adquirió peculiaridades que la singularizaron notoriamente entre los escritores del país, distinguiéndola al par, de aquellos rebeldes de ultramar que pretendieron adorar las extrémas discordanancias en todos los órdenes.

(A este propósito un breve comentario, Es común oír a personas que regresan de Europa, sobre todo entre los que se interesan por el arte o



Mas, de pronto, a su
figura la rodeó el crepúsculo,
caminaba así
cercado por el oscuro nimbo, como
un dios de plantas terrenales.



Jacobo entornó los ojos
y dejó flotar su mente en el vacío.

lo cultivan, declarar redondamente que el arte latinoamericano en general y el nuestro en particular, es, constantemente, mera, cuando no pobre, trasplatación de lo que allí se hace.

(Hay en esto una ligereza derivada de un bien corto alcance en la profundización del fenómeno del arte, y de toda cosa por lo demás. La simple pregunta de si existe un arte que no tenga antecedente pone ya en jaque a aquella afirmación. Todo el alboroto dadaísta-surrealista y cualquier otra está ya contenido en las creaciones primarias del hombre, periódicamente reactualizadas, por ejemplo en el siglo XVI, con gran donaire. Encuentro a la literatura propiamente, en más de una oportunidad hemos hecho notar la semejanza, la paridad que puede apreciarse entre un poema de Empédocles de Agrigento, que vivió en el siglo V antes de Cristo, con el más conspicuo escrito por autores automáticos y abstractos contemporáneos. Por otro lado, no es un misterio que toda la gran literatura hoy en curso arranca del trío Proust-Joyce-Kafka, fuente: que en ningún caso pudo dejar de apoyarse, de nutrirse a su vez en la literatura finisecular del XIX y la que le antecedió en toda la historia de las letras. Todo esto, que es bien sabido, se olvida, no sabemos si por arrogante patriotismo o por mero y vulgar complejo de inferioridad).

¿En qué consiste, entonces, la originalidad? pregunta uno.

Con toda modestia diremos que originalidad es el rasgo, el acento como otros dicen, de orden imponderable que un escritor pone en sus obras y que remueve, quiebra o enriquece los elementos o principios ya dados a lo largo de las generaciones.

Bajo esta apreciación poco oficial y universitaria, lo reconocemos con prontitud, pero menos vulnerable y abstrusa, estimamos que la obra de esta autora tiene lugar relevante en el bagaje literario del país.

Continuemos con el libro de que expresamente se trata. El cuento largo o nouvelle que le da título, se refiere a un joven llamado Jacobo, licenciado en medicina, que llega a una hacienda de antiguo cuño, contratado para atender profesionalmente al heredero de ella, José, de edad poco más o menos que la de aquél y quien al parecer sufre de una neurosis. En el transcurso de la narración se empieza a notar que el que padece de neurosis es el licenciado en realidad, aunque habría que admitir que José no está a salvo de ella, dadas sus actuaciones, sus discursos, la interpretación que desarrolla sobre el ser y la vida. Amén de esto posee gran atractivo. En el hecho, no ocurre nada, salvo ciertos actos insólitos de alguno de los dos, como un disparatado banquete a cuerpo de rey que ofrece José, el enamoramiento un tanto volandero de Jacobo, de la hermana del otro, el matrimonio final del licenciado con una ecónoma que hay en la hacienda y a la cual se refiere José en términos tales como "es un agua clara, el gorjeo matinal de los pájaros". El relato pese a lo heteróclito de sus acontecimientos, presenta en todo caso una elíptica, diríamos, porque Jacobo aparece en él bajándose de un tren para dirigirse a la hacienda donde deberá atender a José; y en el epílogo llega otra vez en tren para asistir a la muerte de éste, y, en fin, abandonar la novela casado con la ecónoma, pero todo ello está como velado por un símbolo bastante hermético en el que gravita una leve, invisible ironía. Un hombrecillo, que en definitiva es José, vende objetos de alfarería, encuclillado junto a la puerta de la iglesia donde aquéllos se han desposado.

Entre uno y otro viaje del Licenciado han ocurrido sucesos que podríamos llamar, aunque parezca extraño, de orden dialéctico, y expuestos en lenguaje profuso y artístico.

Finalizamos este breve comentario con dos perlas de las que aquí abundan como en todos los libros de esta escritora: "Tenía él una mirada distraída, una mirada corta, por decirlo así, como si, recién partida de sus ojos, quedase cerca de él retenida". Entonces dio vuelta la cabeza y la vio a ella ahora apoyada su mano contra el árbol, inmóvil como un calco de persona estando en el aire".